

TENTACIONES DE UN PROFETA

Entre las características que hacen atractivo el libro de Jeremías, se encuentran las tentaciones del profeta. Este artículo se dedica a estudiarlas, desde la convicción de que aún hoy nos resultan útiles y relevantes. Quien intente vivir sinceramente su vida con un cierto grado de intensidad y profundidad, quien esté comprometido con el trabajo que Dios le ha confiado, estará, sin duda, sometido a algunas de las tentaciones de Jeremías. Y es que, como dice el autor, “quien no experimente ya ninguna tentación se ha pasado al bando enemigo”.

Temptations of a Prophet, Bible Bhashyam XXXVI, 3 (2010) 211-228.

El libro de Jeremías resulta en muchos aspectos un libro especial y de gran valor. En primer lugar, por la atractiva personalidad del profeta, reflejada en cada una de sus páginas. Tanto la persona como sus agudas palabras todavía hoy nos seducen y movilizan.

Pero, además, su figura es especial porque se trata del único profeta en todo el AT de quien tenemos muchos datos biográficos. Estos datos proceden de la pluma de personas muy cercanas a él y, en algunos casos, de testigos de los acontecimientos de los que informan. Es el caso muy probable de Baruc, amigo y colaborador de Jeremías. No pienso que el estilo testimonial de las narraciones pueda ser explicado solamente en base a un género literario del autor.

Un tercer aspecto a remarcar son las oraciones personales del

profeta (12,1-6; 15,15-21; 17,14-18; 18,19-23; 20,7-18). Todas estas oraciones surgen de su ministerio y provienen del fondo de su corazón y son, sin duda, algunas de las más bellas oraciones del AT.

Un cuarto elemento que convierte el libro de Jeremías en una obra especial son las tentaciones que el profeta experimenta y que el libro recoge. Jeremías llevó a cabo su ministerio durante un punto de inflexión histórica de su pueblo y con la dura oposición de todos los estamentos: los reyes, los príncipes, los sacerdotes, los profetas y el pueblo llano (Jr 26,7-11). Esto le forzó a vivir en medio de una gran presión y por tanto también expuesto a tentaciones muy serias. Creo que ningún otro profeta estuvo expuesto a tantas tentaciones como Jeremías.

LAS TENTACIONES DE JEREMÍAS

La tentación de huir de la gente

En 9,1-2 leemos: “¿quién me diese en el desierto una posada de caminantes, para poder dejar a mi pueblo y alejarme de su compañía! Porque todos ellos son adúlteros, un atajo de traidores que tienden su lengua como un arco. Es la mentira, no la verdad, lo que prevalece en esta tierra. Van de mal en peor y a Yahveh desconocen”. Hay una serie de puntos que merecen ser tenidos en cuenta:

1. La tentación se encuentra sobre todo en la primera parte del versículo 2. La tentación es “dejar” al pueblo y “alejarse” de él. Está pensando en retirarse al “desierto”, es decir, en el aislamiento completo, separado físicamente de la gente, sin querer saber nada de ellos ni que ellos quieran saber nada de él. El profeta piensa en una “posada de caminantes”, porque no quiere que esta separación tenga un carácter temporal. Quiere alejarse de la gente por bastante tiempo, quizás para siempre.

2. Tanto en el resto del v. 2 como en todo el v.3, se explica la situación que ha forzado al profeta a sentir esta tentación particular. Se ve impelido a alejarse de la gente porque “desconocen a Yahveh” (v. 2). Todos los otros detalles mencionados en el texto reafirman o explican este mismo aspecto. El tema del conocimiento

de Dios en Jeremías es tan rico como en su predecesor Oseas. Ellos “desconocen” a Yahveh porque son todos “adúlteros” (v.1), lo que significa que son infieles a la alianza por haberse rendido a la idolatría (7,6.9.18) –de nuevo una idea que toma prestada de Oseas. Todos ellos son “traidores” (v.1), a la alianza y en sus relaciones entre sí. No hay “verdad” (v.2) ni veracidad ni fidelidad en ellos, mienten a Dios y se mienten entre ellos. “Van de mal en peor” (v. 2). Encuentran placer en hacer el mal. En ellos no puede haber ni conocimiento de Dios, ni amor de Dios.

El pecado tiene tanta influencia sobre el pueblo, que el profeta cree que no vale la pena continuar predicando la palabra entre ellos. Es mejor alejarse, abandonarlos a su suerte, y así no perder la paz ni sentirse responsable de su ruina.

3. La reacción del profeta es la misma que la de Dios cuando se siente rechazado, o siente que el pueblo se aleja de Él. En 8,16 Isaías afirma “Aguardaré por Yahveh el que vela su faz de la casa de Jacob y esperaré por él”. En Os 6,3 el pueblo espera la aparición del Señor: “cierta como la aurora es su salida; vendrá como la lluvia temprana, como la lluvia tardía que riega la tierra”. Estos textos implican que Dios se ha alejado de su pueblo como castigo porque el pueblo le ha abandonado.

4. Sin embargo, corresponde al

Señor castigar al pueblo por su pecado, ocultándole su faz u ocultándole a sus profetas (Jr 36,26), privándole así de la oportunidad de escuchar la palabra de Dios (1S 3,1; 28,6, 15; Am 8,11-12; Lm 2,9; Sal 74,9). Pero no es facultad del profeta decidir por sí mismo castigar al pueblo privándole de la palabra. El profeta debe continuar predicándoles, haciendo todo lo posible para ayudarles a volver a Dios, para que Dios pueda también retornar a ellos. El profeta debe aferrarse a su ministerio de predicación de la palabra, independientemente de que “ellos escuchen o no” (Ez 2,5,7; 3,11), o incluso aunque sea absolutamente evidente que “no quieren escucharlo” (Ez 3,7).

5. Jeremías no fue el único profeta que experimentó esta tentación. Elías abandonó su ministerio, se alejó de la gente y fue a vivir al desierto (1R 19,3) porque el pueblo había sido infiel a la alianza: “los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela”, dice al Señor en 1R 19,10.14. La huida de Moisés al desierto en Ex 2,15 tiene también la misma explicación: huyó porque el pueblo rechazaba la intervención que hacía en nombre de Yahveh (Ex 2,14).

6. Pero Jeremías, aunque sienta la tentación, y debió sentirla a menudo, permanece junto a su pueblo. Se le puede encontrar todo el tiempo en Jerusalén predicándoles la palabra, guiándoles durante

los años más difíciles de su historia. Sólo una vez abandona Jerusalén (37,11-14): lo hizo para comprar una parcela de tierra como promesa al pueblo de que el saqueo de Jerusalén por parte de los babilonios, no significaba el final: “todavía se comprarán casas y campos y viñas en esta tierra” (32,15). Después de la caída de la ciudad, encontramos a Jeremías optando por quedarse al lado de los pobres que no han sido deportados (39,10, 14; 40,6), a pesar de que los babilonios habrían estado encantados de llevarle con ellos a Babilonia y cuidarlo dignamente (40,4). Cuando el grupo de judíos que se rebeló contra Babilonia huyó a Egipto para escapar de la represión, encontramos de nuevo a Jeremías con ellos (43,6), compartiendo el castigo que recibieron a causa de sus pecados (Dt 28,68; Os 8,13; 9,3; 11,5), aunque no participara de ese pecado. En Egipto encontramos a Jeremías por última vez, predicando incansable la palabra a un pueblo rebelde (43,8-44,30).

La tentación de comprometer la Palabra de Dios

Podemos deducir esta tentación de una respuesta de Dios a una de las oraciones de Jeremías. En 15,15-18 Jeremías expone ante Dios todo el sufrimiento que conlleva su ministerio como profeta. La respuesta de Dios está en los versículos siguientes, aunque aho-

ra para nosotros sólo el v. 19 es relevante: “Si te vuelves porque yo te haga volver, estarás en mi presencia; y si sacas lo precioso de lo vil serás como mi boca. Que ellos se vuelvan a ti y no tú a ellos”.

En primer lugar, hay dos oraciones condicionales: “si te vuelves” y “si sacas lo precioso de lo vil”. El uso de la palabra “volver” en la primera oración condicional implica que el profeta se ha ido, y tiene necesidad de algún tipo de conversión. La segunda oración condicional arroja luz sobre qué clase de “vuelta” o conversión se le pide al profeta: “tiene que sacar lo precioso de lo vil”. “Lo precioso” evidentemente se refiere a la palabra de Dios en su pureza no adulterada, la palabra que ha sido escuchada de Dios. “Lo vil”, en cambio, se refiere a la forma adulterada de la palabra, es decir, aquella palabra que solían proclamar los falsos profetas, que sólo buscaban agradar al pueblo.

Después se mencionan tres cosas que dependen de las dos condiciones ya citadas: “te haré volver”, “estarás en mi presencia” y “serás como mi boca”. La primera expresión tiene un carácter general y se refiere al restablecimiento de Jeremías como profeta del Señor. Las otras dos expresiones van en la misma dirección. Estar de nuevo en presencia del Señor o ser de nuevo como su boca significa ser restablecido en el ministerio profético. ¿Por qué? Porque la Biblia presenta al profeta como el que está en la presencia del Señor (1R

17,1; 18,15; 19,11; 2R 5,16; Jr 18,20); o como uno de los que están presentes “en el consejo de Yahvé” (Jr 23,18, 22); o como la boca de Dios, el portavoz de Dios (Ex 4,16; 7,1).

El tercer elemento que se encuentra al final del versículo acaba por clarificar en qué consiste exactamente la conversión que se le pide al profeta: no es él quien debe volverse al pueblo, sino el pueblo quien debe volverse hacia él. Debe estar atento y no acomodar la palabra de Dios a los caprichos y fantasías de quienes escuchan. Debe exhortarlos a la conversión. Si el profeta va conformándose al pensar del pueblo y ajusta su predicación de acuerdo con esta manera de pensar, la conversión será imposible.

¿Qué ha debido suceder para que Dios dé esta respuesta? El libro de Jeremías muestra que la vida del profeta nunca estuvo libre de sufrimiento y persecución. En 15,18 se lamenta: “¿por qué ha resultado mi penar perpetuo y mi herida irremediable, rebelde a la medicina?” Rechazado y perseguido por todos, incluso por sus parientes (12,6) y amigos (20,10), y privado de la consolación que podría proporcionar una familia, pues el Señor le prohibió casarse (16,2), pudo llegar a pensar que los sufrimientos de su ministerio profético eran insoportables. Entonces es natural que se sintiera tentado de diluir la claridad de la palabra de Dios, para hacer que Dios y su mensaje aparecieran más acepta-

bles a la gente, y obtener así un cierto alivio en su persecución. En el momento en que estos pensamientos surgen en su mente, Yahveh le amenaza: “si vas por ese camino, ya no serás mi profeta”. Y Jeremías se rinde, no a la tentación, sino al reto o a la amenaza del Señor.

La tentación de rezar en contra de sus perseguidores

El texto que abordaremos ahora es 17,16: “yo nunca te apremié a hacer daño; no he anhelado el día irremediable; tú lo sabes; lo salido de mis labios enfrente de tu faz ha estado”.

Encontramos en las oraciones personales de Jeremías algunos versos en que el profeta parece clamar venganza, pidiendo al Señor que castigue a sus perseguidores. Jr 12,3; 15,15; 17,18; 18,21-23 son los textos más claros en este sentido. ¿Qué podemos decir sobre estos textos? ¿Podemos concluir que, de hecho, Jeremías desea y pide la destrucción y ruina de sus enemigos y de sus perseguidores? Antes de adelantar una respuesta, hemos de tener en cuenta algunos aspectos del libro de Jeremías.

1. Según Jeremías, un verdadero profeta tiene que ser un intercesor, alguien que pide en su oración a Dios que evite el sufrimiento de las personas.

2. Hay al menos dos textos donde explícitamente Jeremías sostiene

que solía orar por sus enemigos. En 15,11: “di, Yahveh, si no te he servido bien: intercedí ante ti por mis enemigos en el tiempo de su mal y de su apuro”. Y en 18,20: “recuerda cuando yo me ponía en tu presencia para hablar en bien de ellos, para apartar tu cólera de ellos”. No hay ninguna razón para no creer lo que Jeremías dice en estos textos. La palabra “enemigo” en 15,11 se refiere a sus perseguidores. Y orar por ellos significa hablar bien de ellos ante Dios, pidiéndole que les proteja, que no los castigue.

3. Lo que dice Jeremías a Dios en 17,16 (“lo salido de mis labios enfrente de tu faz ha estado”) debe ser también tenido en cuenta. El significado de la reivindicación es evidente. Cuando Jeremías dice que todo lo que viene de sus labios ha estado antes “frente” al rostro de Dios, significa que él nunca ha dicho nada que disgustara a Dios. Y un profeta pidiendo el mal para sus perseguidores hubiera, sin duda, disgustado al Señor.

4. Pero también deberíamos tener en cuenta que Jeremías ha sufrido de manera incesante a manos de sus enemigos, dando con frecuencia la impresión de que Dios no le ha tenido en cuenta y se ha olvidado de él (15,15). “¿Es que se paga mal por bien?” le pregunta a Dios (18,20), refiriéndose a cómo le tratan sus perseguidores. Y, a pesar de ello, nunca hizo nada contra sus enemigos. Incluso cuando fue arrestado después de su predicación en la puerta del templo y

todo el mundo pedía su muerte, se mantuvo firme y dijo serenamente: “aquí me tenéis en vuestras manos: haced conmigo como mejor y más acertado os parezca. Pero sabed que si me matáis vosotros a mí, sangre inocente cargaréis sobre vosotros y sobre esta ciudad y sus moradores” (26,14-15).

5. Los pasajes donde parece que está rezando en contra de sus enemigos deberían ser entendidos como la espontánea expresión de sus sentimientos naturales como ser humano. Tiene sentimientos de amargura y disgusto. Se siente decepcionado por su pueblo. Y también se siente decepcionado por Dios (Jr 15,18; 20,7). En sus oraciones abre su corazón ante Dios, dejando por completo en sus manos cómo tratar a sus perseguidores, lo cual no tiene que ocurrir necesariamente según la manera como siente Jeremías.

6. No debemos descartar que Jeremías efectivamente pidiera algunas veces la destrucción de sus perseguidores, pero su espíritu era demasiado noble para rendirse a estos sentimientos negativos. De inmediato, hace ver a Dios que no tenga en cuenta todo lo que dice: solamente está abriendo su corazón pero, en realidad, no es su deseo verlos destruidos. Así hay que interpretar Jr 17,16: como una tentación con la que tuvo que luchar durante su vida. Después de todo “el corazón es lo más retorcido; no tiene arreglo ¿Quién lo conoce?” (Jr 17,9).

La tentación de abandonar el ministerio de profeta

La última tentación la encontramos en 20,9: “yo decía ‘No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre’. Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía”. Sobre esta tentación, debemos tener en cuenta una serie de puntos.

1. Éste es, sin ninguna duda, el clímax de las tentaciones de Jeremías, en el sentido de que en la vida de un profeta no puede haber tentación mayor ni más peligrosa. De hecho, parece que él lo considera como la solución a todas sus otras tentaciones. Abandonar el ministerio profético, alejarse de Dios y de la misión que le ha encargado, y se acabaron todos los problemas, sin necesidad de pensar más en alejarse de la gente, ni de cambiar el estilo de su predicación, ni de orar por la derrota de sus enemigos. ¡En fin, todo fácil!

2. La tentación es comprensible: el profeta siente que ha sido abandonado por Dios. Dios le ha decepcionado (20,7). Cuando Jeremías sintió la llamada de Dios manifestó una seria objeción, en el sentido de que era demasiado joven e inexperto para llevar a cabo un ministerio profético (1,6). Pero Dios insistió, porque su juventud quedaba compensada por el hecho de que Dios estaba con él. Él aceptó el ministerio contando con la

solemne promesa de Dios de que estaría junto a él para ayudarlo en todas las circunstancias (1,8). Es precisamente en este punto donde se siente defraudado: Dios no le ha ayudado ni le ha protegido —al menos no en la forma que esperaba. Incluso llega a llamar a Dios “un espejismo, aguas no verdaderas” (15,19). No se puede confiar en él, es inconsistente como un torrente que corre después de una fuerte lluvia, pero que desaparece en un momento. ¡De nada sirve trabajar por un Dios así! Cada vez que predica la palabra se siente expuesto a la violencia (20,8), se ha convertido en el “hazmerreír” del pueblo (20,7) y la predicación ha llegado a convertirse para él en fuente de reproche y burla permanente (20,8).

3. Su tentación es no “mencionar” a Dios nunca más, ni “hablar más en su nombre”. Ambas expresiones se refieren al ministerio profético. El profeta es el único que “es llamado” por el nombre de Dios (15,16), y lo es en el sentido de que es dedicado a Dios, llamado y puesto aparte para llevar el nombre de Dios ante todos, usando una expresión del NT (Hch 9,15). Esto implica que es alguien que tiene a Dios en su corazón, su mente y su memoria, y no sólo en sus labios (Jr 12,2). Se espera del profeta que lleve el nombre de Dios a través de su vida, a través de todo lo que dice y hace. Y ahora Je-

remías decide abandonar todo esto para escapar de la persecución y evitar el sufrimiento. No ha caído en ninguna de las tentaciones anteriores, pero desea probablemente ceder a la última y definitiva.

4. ¡Pero no podía! Jeremías afirma de los impíos que Dios “cerca está de sus bocas, pero lejos de sus corazones” (12,2), y habla frecuentemente de Dios, especialmente en sus oraciones, como de alguien que examina el corazón y la mente (12,3; 17,10; 20,12). Es evidente que Jeremías fue una persona que, en su corazón, llevó a Dios en primer lugar. Y así como llevaba a Dios en su corazón, también llevaba en él su palabra (cf., Jn 15,7-10). Por tanto, huir de Dios y abandonar su ministerio de la palabra era imposible. Quizás era posible alejar a Dios y su palabra de su boca; pero no lo era echar a Dios y su palabra de su corazón.

5. Parece claro que Jeremías experimentó esta tentación en más de una ocasión. Cuando dice: “si digo que “no le voy a mentar más ni hablaré más en su nombre””, en realidad quiere decir: “siempre estoy diciendo “no le mentaré más ni hablaré más en su nombre””. Por su misma naturaleza, y por la naturaleza del ministerio de Jeremías, la tentación estaba condenada a volver. Volvía a él porque de hecho nunca le dio pábulo ni la acogió.

ALGUNAS OBSERVACIONES

Todas las tentaciones experimentadas por Jeremías estaban relacionadas con su ministerio.

1. Como profeta, su obligación era estar junto a su pueblo sin tener en cuenta el modo cómo ellos reaccionaran ante su presencia o ministerio. Pero el constante y obstinado rechazo por parte del pueblo a escuchar su mensaje le disgusta mucho. Siente que es inútil continuar con el pueblo y trabajar por él.

2. De nuevo, ser un verdadero profeta de Dios exige una fidelidad incondicional a la palabra de Dios. Tenía que predicar la palabra en su absoluta autenticidad sin diluirla ni comprometerla. Pero la incesante persecución por parte del pueblo hace que se sienta tentado de cambiar su mensaje, al menos el estilo de su predicación, para hacerlo un mensaje más agradable y aceptable a la gente y así escapar de su persecución.

3. Era profundamente consciente de que su deber ineludible como profeta era orar por el pueblo (27,18) y tenemos muchos textos que demuestran que lo hacía (7,16; 11,14; 14,11) y que así se lo pedían (37,3 y 42,1-7). Pero ¿qué sucede cuando el pueblo se empeña en rechazar su mensaje y en deshacerse de él? Como todo ser humano normal, siente a veces deseos de pedir su ruina.

4. Rechazado por el pueblo,

perseguido por él, denunciado incluso por sus amigos (20,10) y parientes (12,6), y sin experimentar, apenas, la protección de la presencia de Dios (20,7), no era fácil para Jeremías perseverar en la llamada divina. De ahí la tentación de abandonar su ministerio profético.

5. Como sucedería después con Jesús, Jeremías también fue tentado de muchas maneras pero “sin caer en pecado” (Hb 4,15). No es extraño que, en los evangelios, la gente identifique a Jesús con Jeremías (Mt 16,14). Esto es probablemente lo que convierte al profeta en uno de los espíritus más nobles del AT. Las tentaciones eran frecuentes, y eran fuertes, pero Jeremías nunca cayó en ellas. Nunca abandonó al pueblo. Nunca diluyó o adulteró la palabra de Dios para agradar a los caprichos y fantasías de los que le escuchaban. Nunca pidió la ruina del pueblo. Nunca abandonó su ministerio profético. Permaneció como un profeta hasta su muerte que, de acuerdo con la tradición, sucedió en Egipto y en manos de su propio pueblo.

6. La principal razón por la cual Jeremías fue capaz de resistir las terribles tentaciones fue porque las llevaba a la oración, es decir, en presencia de Dios, incluso cuando no experimentaba esa presencia. Hay que observar que todas las tentaciones, excepto la primera, forman parte de sus oraciones.

7. En la oración recibe una ad-

vertencia estricta de Dios: si modifica la palabra de Dios, tomándola a la ligera, intentando diluirla para contentar a la gente, dejará de ser el profeta de Dios. Esto ciertamente presupone que ha expuesto esta tentación ante Dios en la oración.

8. En la oración protesta que nunca deseó el día del desastre o exhortó a Dios para que castigara a sus perseguidores. Esto muestra de nuevo que la tentación de orar contra el pueblo también fue llevada a oración.

9. En la oración expresa a Dios que, a menudo, se siente vencido, tentado de alejarse de Él y del ministerio que ha puesto sobre sus hombros. Para un hombre que oraba de este modo, era simplemente imposible dejarlo correr. Lo que Jesús dice a sus discípulos en Mt 26,41 es aplicable aquí: “velad y orad para que no caigáis en tentación”. Jeremías fue capaz de resistir a las tentaciones sin caer en ellas, porque oraba. Una persona de oración raramente es sorprendida por las tentaciones.

Añado aquí algo que se encuentra en la Regla de San Benito y que refleja a la perfección este punto de la biblia. San Benito aconseja al monje hacer frente a los malos pensamientos y tentaciones estrellándolos contra Cristo, es decir, recurriendo a Jesús en la oración.

10. Al menos en una oración, aquella en que habla a Dios sobre su tentación de hacer su predica-

ción más aceptable al pueblo para evitar así la persecución (15,15-21), Jeremías recibe una respuesta explícita de Dios (15,18-21). No es una respuesta agradable, pues Dios pide la conversión del profeta, y le advierte de que no dé pábulo a estos pensamientos en su corazón si quiere continuar como profeta de Dios. Podemos deducir una respuesta similar en las otras tentaciones. Jeremías fue probablemente capaz de entender incluso los silencios de Dios como una respuesta.

11. En el caso de la cuarta tentación encontramos un punto particularmente interesante, que podemos aplicar también a las otras tentaciones. Dice que para él es imposible resistir a la palabra, dejar de hablar de ella y abandonar el ministerio profético: “había en mi corazón algo así como un fuego ardiente, prendido en mis huesos y, aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía” (20,9). Esta imposibilidad que siente el profeta de abandonar su ministerio puede atribuirse a tres factores.

12. Primero, hay que tener en cuenta el amor convincente de Dios, la gracia de Dios. Jeremías es el profeta de la gracia, un tema que se encuentra disperso en todo el libro, y que le convierte en precursor en esta materia del apóstol Pablo y de Agustín de Hipona. Citaré solamente dos textos de Jeremías para probar este punto. En 10,23 dice: “yo sé, Yahveh, que no depende del hombre su camino, que no es del que anda enderezar

su paso”. Y en 30,21: “será su soberano uno de ellos, su jefe de entre ellos saldrá, y le haré acercarse y él llegará hasta mí”. El punto común en ambos textos es el mismo que encontramos en las palabras de Jesús: “separados de mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5), y también en palabras de Pablo en Rm 9,16: “no se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia”. Jeremías no podía abandonar su ministerio porque el compasivo y convincente amor de Dios le sostenía.

13. Hay otra razón que explica por qué el profeta “no puede abandonar”: la generosidad de su corazón. Jeremías fue el profeta del corazón. La palabra “corazón” se encuentra en él más que en cualquier otro (unas 64 veces). Hay una mención a la palabra “corazón” en 20,29. El profeta experimenta la palabra de Dios como un “fuego ardiente” en su corazón. Cuando decimos que Jeremías era el profeta del corazón, significa que era el profeta del amor, amor por Dios y amor por el pueblo. Y el amor de verdad es siempre generoso. No podía abandonar su ministerio porque amaba a Dios y a su pueblo. Era simplemente imposible para él cerrar su corazón a Dios y al pueblo. El amor y la generosidad de su corazón le impiden abandonar el ministerio profético.

14. Relacionado con esto encontramos otro elemento importante: la mención del “fuego ardiente”. Sin duda tiene que ver con la forma en que Jeremías entiende la palabra de Dios, su celo por la palabra, su amor ardiente por ella. En 23,29, en el contexto de la condena que Jeremías lanza sobre el falso profeta, Dios pregunta: “¿no es mi palabra como el fuego y como un martillo golpea la peña?”. Las palabras “fuego” y “martillo”, aplicadas a la palabra, muestran el poder que ésta tiene. Cuando dice que la palabra es un martillo, no solamente significa que puede romper y hacer añicos cosas o personas, sino que también puede modelar cosas y personas, como el martillo en un yunque da forma a un trozo de metal. Y, cuando dice que la palabra es “fuego”, no solamente significa que consume o aniquila cosas y personas, sino que también mantiene vivo el corazón de una persona. Así hemos de entender el texto de Jeremías. El corazón de Jeremías está vivo por la palabra, mantiene el celo por la palabra, le es imposible resistir a este poder. Le es imposible ocultar la palabra en su corazón sin hablar de ella. Se consumiría si intentara mantenerla encerrada en su corazón. Quien tiene un amor apasionado por la palabra no puede permitirse caer en tentaciones serias.

Tradujo y condensó: SANTI TORRES